

Cuando se abrió la puerta
no estaba el lobo,
era Virginia
hablando de mujeres

Verónica Bujeiro

profanos y grafiteros

Virginia Woolf en 1933. (Fotografía: Central Press/Getty Images)

QUÉ PAPELÓN HARÍA DOÑA VIRGINIA WOOLF si tuviese que hablar de la mujer y la ficción el día de hoy. Quizás lo haría de nuevo como lo hizo en 1929, en privado y como si fuera un personaje. O tal vez sería la conferencista invitada a esa especie de comida rápida para el pensamiento que se inventaron los gringos con eso de las *TED Talks*. Si fuese así, tendríamos a Virginia con su micrófono auricular explicando que para escribir una mujer necesita “una habitación propia con cerrojo y quinientas libras al año”. Una frase demoledora que rápidamente sería presa de reduccionismos aptos para anunciantes de casas de decoración, números cero-uno-ochocientos para donaciones a la causa literaria de las mujeres y demás bajezas dignas de estos circos que se hacen pasar por educativos.

Entre el público sin duda estarían varias feministas furiosas, demandando ahí mismo un espacio para debatir semejante proposición, rompiendo ya la puerta de ese espacio confinado; amas de casa con pretensiones literarias esperando con sus libros bajo el brazo para ser firmados; jóvenes tímidas con tabletas supersónicas; mujeres que necesitan de una guía, mujeres que no saben cuál es el tema, desde luego hombres varios y diversos que demandarían también su cuarto y las quinientas libras, so pena de reclamo por exclusión, y una mujer más que llegaría tarde y se sentaría en la última fila.

Sobre la blanca frente de la tía Virginia aparecerían unas gotas de sudor, acorralada ante la posibilidad de herir una vasta cantidad de susceptibilidades que en 1929 no tenían cabida, sin voto femenino en las urnas (al menos en diversas partes del mundo) ni métodos anticonceptivos, ideas de feminismo, libertad sexual, independencia económica y una educación garantizada. La mujer tendría aún por delante probar su punto, pese a que la espectadora escéptica de la última fila comenzara a pensar que el ángulo inclinado de su nariz (ese mismo que le dio un Oscar a la Kidman) guarda cierta relación con su código postal.

La duda crecería ante la primera parte de la conferencia, soporífera y digna del detalle y el decoro de una dama del siglo XIX, quien abundaría en pormenores como céspedes que no pueden pisarse, cenas insulsas y tragos ilícitos de jerez, sólo para denunciar el condicionamiento al que se orillaba a una mujer cuya sagrada trinidad consistía en el matrimonio, la maternidad y la muerte, sin posibilidad obviamente de tener un tiempo o un cuarto propios.

Sin que la conferencista Lobo acabara de hablar, la espectadora de la última fila se encontraría tecleando sobre el teléfono para contestarse a sí misma la duda de si todas aquellas mujeres que hasta 1929 habían escrito sus libros contaban con las condicionantes que la dama de postín apremiaba como necesarias o al menos ideales.

La búsqueda en el teléfono traería de vuelta la puerta chirriante que avisaba a Jane Austen que debía esconder las hojas y la tinta debajo del tejido, el cajón donde se escondían las Brontë, la inesperada procedencia de Mary Shelley que salió al

mundo desde el útero cojonudo de Mary Wollstonecraft (quien ya hablaba de derechos de la mujer en el siglo XVIII), la masculinidad literaria de George Sand y otras tantas de las que no sabría y las que la misma tía Lobo mencionaría después; aunque quedaría fuera de la práctica de la insigne inglesa una de las pocas poseedoras de una habitación propia, aunque ésta fuese la celda de un convento: la iluminada y desafiante Sor Juana Inés de la Cruz, quien tantos sortilegios hizo de su género bajo el hábito de las letras, pero hay que recordar cómo se le cierra el mundo al que no voltea más allá de su imperio.

La audiencia presente (y también la lectora de este texto, seguramente) gritaría enardecida citando sus propios ejemplos; nombrando las imposibilidades que atravesaron tantas otras, sus cruzadas heroicas para imponerse sin voto, pastillas, educación y la libertad de sus propios cuerpos.


Pero los murmullos no afectarían a la espectadora de la última fila, quien traerá a su pensamiento a aquellas que aun con cuarto propio perecieron por combustión espontánea, en una dieta rigurosa de cigarros, huyeron por la rendija de las pastillas o conectaron la lámpara errónea. Esos vínculos vacilantes del hipertexto que el teléfono trajo de vuelta tejen ya una constelación particular, cual árbol genealógico de cuyas ramas a más de una le gustaría colgarse, en el buen sentido.

La tía Lobo notará la agitación de su público, la conferencia se habrá desviado hacia el género del melodrama y eso no es el punto, el punto son esas cuatro paredes y lo que sucede ahí dentro. Es un reclamo por un espacio imaginario que permita a la mujer convertirse en letra. El cuarto es el inicio de una fuga. Y al decir esto, la constelación proyectada anteriormente comenzará a encontrar otras ligas. En 1949, pensando también en cuartos y prohibiciones históricas, Simone de Beauvoir enuncia la famosa frase: “No se nace mujer, se llega a serlo”, aunque la barrera entre el francés y el español fije la segunda parte de la misma, *on le devient*, como una meta y no como la posibilidad de un devenir.

“No se deviene Hombre, en tanto que el hombre se presenta como una forma de expresión dominante que pretende imponerse a cualquier materia, mientras que mujer, animal o molécula contienen siempre un componente de fuga que se sustrae a su propia formalización. La vergüenza de ser un hombre, ¿hay acaso alguna razón mejor para escribir? Incluso cuando es una mujer la que deviene, ésta posee un devenir-mujer, y este devenir nada tiene que ver con un estado que ella podría reivindicar”,¹ enuncia Gilles Deleuze tomando la cita de Beauvoir como un eco que le permite hablar de la literatura y la vida.

En este punto la agitación de la audiencia sería tal que la tía Lobo decidirá terminar la conferencia: “Aunque rebusque en mi mente, no encuentro ningún sentimiento noble acerca de ser compañeros e iguales e influenciar al mundo conduciéndole hacia fines más elevados. Sólo se me ocurre decir, breve y prosaicamente, que es mucho más importante ser uno mismo que cualquier otra cosa”.²

Lejos del vitoreo esperado, unos aplausos débiles la despedirán. La mujer se quitará el micrófono y bajará del podio, recordando aquel césped que tenía prohibido pisar. Complicado es pasar por aquí sin ofender a nadie. Hay que andarse de puntitas por este terreno escabroso, incompleto, en devenir constante.

La espectadora de la última fila y ella se encontrarán calles más adelante por casualidad. Se mirarán por un momento, palparán las piedras en sus bolsillos y seguirán adelante como personajes de otra ficción. 

¹ Gilles Deleuze, “La Literatura y la vida”, en *Crítica y Clínica*, Barcelona, Anagrama, 1996, p. 5.

² Virginia Woolf, *Una habitación propia*, Seix Barral, 1967, p. 79.